

## VIEJA Y NUEVA CANCIÓN DE LEÓN FELIPE\*

---

Llega el poeta a sus setenta y cinco años doblando, al parecer, el cabo de la desesperanza. La Luz tan buscada se abre, sin llegar a cegar la mirada, más cerca pero distante aún en *Cuatro poemas con epígrafe y colofón* (Madrid, Palma de Mallorca, 1958). ¿Qué Luz es ésta? Dios, católicamente nuestro, proclaman desde España los exégetas tardíos de este poeta descarriado al que, según dice Jorge Blajot, S. I., “desde extraños senderos lo oíamos decir cosas raras” (*Razón y fe*. Madrid, junio de 1959). Pero algunos, no contentos aún con rastrear un “nuevo sesgo religioso” en los últimos poemas de León Felipe, ven ya en ellos la anunciación de la conversión del poeta, ayer blasfemo, al catolicismo. Cierto es que el jesuita J. Blajot, andando con más tiento, afirma que los versos citados son conmovedores: “Digámoslo con palabras más cautas y a la vez audaces: por lo que vivamente deseamos que pronuncien”.

Los teólogos, tantas veces fustigados en la poesía de León Felipe, no están aún satisfechos. “No es fácil garantizar la calidad teológica de este nuevo sesgo religioso de León Felipe”, afirma también J. Blajot tras poner de relieve un León Felipe que sería la negación de sí mismo.

Pero lo que del poeta le interesa es “el soberano arrojamiento de la rectificación”. Ha invocado el poeta la Cruz, ha querido entrar en relación con el Dios con que sueña, con una gota de Luz. Y ya hay quien se atreve a fijar al poeta el precio de esta gota de

---

\*Publicado en *Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles*. México, núm. 10, julio-octubre de 1959, pp. 10-11.

Luz. Toda su poesía, toda la poesía que creció con el dolor de su pueblo y de su España, por esta gota de Luz. Pero entendamos, ¿esa Luz de los teólogos es la Luz del poeta?

¿Qué fundamento puede tener, en la poesía misma de León Felipe, este apresurado augurio de la reconciliación “con Dios y con España”, reducidos ambos conceptos a la medida de una Iglesia y de una política? ¿Hasta qué punto revela un “nuevo sesgo” la poesía de León Felipe?

Poeta de gran unidad temática y de un mismo sostenido aliento, León Felipe ha contado siempre al hombre con su dolor a costas. De él parten los hilos que forman la trama de su poesía: del hombre salen sus blasfemias y también los débiles rayos de Luz que asoman a veces en sus versos y brillan en sus últimos poemas con más fuerza.

“No hay más que una causa: la del hombre. Y por ahora la miseria del hombre”, ha dicho el poeta. Y a través de este “por ahora” pasa del hombre abstracto, intemporal, al que vive en un mundo social, concreto. “El hombre, el hombre es lo que importa”, dijo también el poeta hace ya algunos años. Y aunque León Felipe lo escribe con mayúscula —no para acentuar su abstracción, sino para subrayar su riqueza—, este hombre se carga de concreción, se inserta en el tiempo, en la historia.

No transfirió su destino a un reino intemporal; su destino se jugó en España y en un tiempo concreto, 1936-1939. De ahí la terrible, y a la vez grandiosa, significación de la guerra española para el poeta: “¡Toda la sangre de España... por el destino del hombre!”

Contra ese destino conspiraba el mundo, el mundo que hace llorar e imprecicar al poeta, un mundo mal hecho en el que impera la injusticia, el sufrimiento, el cálculo sucio y la fría razón que encarna “Inglaterra, la vieja raposa avarienta”. Pero, ¿qué mundo es éste sino el mundo burgués en que reina la codicia y el lucro, en que se enajena la esencia del hombre y en que los hombres se degradan, se deshumanizan hasta convertirse en cosas, medios o mercancías? Tal es el mundo que anega en llanto

e ira al poeta, aunque ya en los años en que escribe "La raposa" se esté desintegrando. Pero no basta con denunciar esta enajenación humana; el poeta ve la opresión y la injusticia; clama contra ellas y busca desesperadamente tratando de tocar el fondo del que emergen una y otra y, al no lograrlo, se deshace de nuevo en imprecación y llanto. De ahí su pesimismo, pero no la abolición del canto, pues cuando más se ahonda aquél, tanto más alza la voz y crece su rebeldía.

En ocasiones aletea tímidamente la esperanza. Tal vez la Luz exista, nos dice el poeta, y la misión de los ojos sea algún día no sólo llorar, sino verla.

Con esta Luz se abre en la poesía de León la puerta de una trascendencia, más deseada que creada, que mantiene en vilo su poesía entre la oración y la blasfemia. Y con ella cobra un acento peculiar la religiosidad de León, una religiosidad que rompe siempre esa armonía entre Dios y el mundo, entre Dios y sus criaturas, entre Dios, y su obra, que es característica de una religiosidad positiva. En León Felipe hallamos un mundo mal hecho, y una Luz, un Dios que lo trasciende. Pero este Dios tiene poco de común con el Dios frío, razonador que gobierna los actos humanos, distribuyendo sabiamente el lugar del bien y del mal, la proporción del vicio y de la virtud, la balanza de la alegría y del sufrimiento. Aquí se desemboca en la justificación del dolor en la tierra. Pero León Felipe no justifica, sino que grita, condena e impreca. Y si Dios es inseparable de su creación y el mundo está mal hecho, si no es posible justificar el sufrimiento inocente, ¿qué sentido tiene este Dios de León Felipe que no exige sancionar la miseria y la injusticia en espera de su abolición total en un reino celeste? Difícil es poner en consonancia esta religiosidad del poeta que lleva implícita la rebelión terrena y la que impone silencio a la rebelión en nombre de una armonía celestial, futura.

Este mundo de los mercaderes, de los grandes simuladores, que responde al llanto y a la sangre con la hipocresía y la risa, este mundo tan duramente flagelado por León Felipe, no puede justi-

ficarlo y no lo justificará su poesía. Por ello, no es sólo el mundo del obispo y del político, sino también el poeta prometeico que se alza sobre sus enajenaciones con una altísima misión: hablar “desde el nivel exacto del hombre”. Pocos poetas han exigido tanto de la poesía como el autor de *El ciervo*. En una época en que la poesía tenía mucho de juego, de encantamiento verbal o de exaltación de ilusorios paraísos terrenos, León quería que el poeta fuese “no aquel que juega habilidosamente con las pequeñas metáforas verbales”, sino el gran realizador de metáforas, un revolucionario al fin, pues “¿qué es una revolución más que una metáfora social?” El poeta denuncia, no justifica; grita, no calla. Tal es el poeta prometeico. Pero hay también el poeta doméstico, egoísta, el que contribuye a dejar el mundo como es y, por tanto, a rebajar y degradar al hombre.

Altísima es la misión del poeta, pero misión limitada, a su vez; aunque el poeta es el hombre que impreca, llora, acusa, denuncia, su verbo no basta para transformar el mundo. “Nos salvaremos por el llanto”, ha dicho León una y otra vez. Y sin embargo, el llanto es incapaz de inquietar a ningún mercader, a ningún opresor. No basta con que el poeta marque su incompatibilidad radical con el dolor y la injusticia — como ha hecho León Felipe —, sino que el poeta tiene que tratar que consuene con los que pugnan efectivamente por demoler el viejo mundo. Cuando no sucede así, al poeta sólo le queda el llanto y la blasfemia, en unos casos, y en otros una esperanza desesperadamente buscada en un mundo ilusorio, en una Luz trascendente, en un “Dios del Corazón”, como decía Machado. De ahí que esta poesía de León Felipe, que nunca se ha reconciliado con el mundo en que vive, haya oscilado durante años entre la oración y la blasfemia, entre la imprecación y una pálida esperanza. Hubo un tiempo en que León no trató de buscar la Luz fuera de este mundo; la esperanza tenía un nombre muy concreto: España. “En la España de las esencias que quieren organizarse de nuevo [...está] la sustancia prístina de que está hecho el árbol y el cuerpo del hombre”. Cristo, Dios, el Hombre y la Luz se confundían. Después vino

el gran hundimiento. La Raposa había temporalmente ganado la batalla. El hombre perdía así su lucha. Pero la batalla que había comenzado ahí, no terminaba. Sin embargo, para un poeta desesperado la espera era ya demasiado larga.

Llega León Felipe a sus setenta y cinco años bajando el tono de sus imprecaciones, destrozada la madera de sus sueños terrenales. Y busca la esperanza más allá del tiempo, más allá de estas vidas. La blasfemia ha dejado paso a la oración. El círculo de su poesía parece cerrarse (*Versos y oraciones del caminante* se llamaba su primer libro). Y después de tanto llanto, el poeta pregunta en una identificación en que todas las medidas se confunden, Dios, el hombre, el poeta viviente en un abrazo total, que borra las distancias: ¿Y si al final no hubiese más que Luz / y uno fuera la Luz y la pupila a la vez... / no el llanto y los ojos, como ahora / nos sucede?"

Esta pregunta revela en toda su profundidad la peculiaridad del acento religioso de León Felipe. Sólo forzadamente puede identificarse esa Luz que tal vez sea el hombre mismo, el hombre que ha suprimido al fin el doloroso itinerario de sus enajenaciones, con el Dios "católicamente nuestro". Tiene razón el padre jesuita Blajot al afirmar que "no es tarea fácil garantizar la calidad teológica" de la religiosidad de León Felipe. Pero el problema fundamental no es éste, sino el de si un poeta prometeico como León Felipe se ha reconciliado o no con el mundo que ha fustigado implacablemente. Y aunque parezca asombroso, hay quienes hablan de su "rectificación", de la vuelta del hijo pródigo, y se anuncia con alborozo un abrazo inconcebible del poeta prometeico y de los grandes simuladores, es decir, un abrazo que llevaría consigo la asfixia del poeta prometeico.

Y siguiendo esta vía se interpreta también torcidamente su reciente mensaje a los poetas españoles. Dijo León, a raíz de la terminación de la guerra de España, que los poetas del éxodo y del llanto se habían llevado la canción. Y León no mentía. Efectivamente, los poetas desterrados se llevaron la canción. Durante algunos años, a un poeta prometeico —el único que podía can-

tar — sólo le quedaba el trágico destino de Miguel Hernández. Dentro, enmudecieron los poetas y la poesía hubo de esperar, en la tierra de España, un nuevo nacimiento.

Pero la canción tenía que oírse de nuevo, pues no puede callar mucho tiempo cuando el hombre sufre; y brotó ciertamente dando una fecunda cosecha. Por ello, León Felipe tiene razón hoy al decir: “Y ahora estamos aquí, del otro lado del mar, nosotros los españoles del éxodo y del llanto, asomados y atónitos oyéndoos a vosotros cantar: con esperanza, con ira, sin miedos”. Blajot aduce estas palabras de León Felipe como prueba de la “rectificación” del poeta, pero silencia los nombres de los poetas a que se refiere León, a la vez que trata de extender su mensaje a los poetas egoístas y domésticos que siguieron cantando. Pero León no se refiere a éstos, sino a los poetas que él mismo cita, es decir, Dámaso, Otero, Celaya, Leopoldo de Luis, Eugenio de Nora, Hierro, Crémer, Ángela Figuera Aymerich... Y tras ellos caben todos los poetas prometeicos de la España de hoy, no los poetas que, por el hecho de cantar dentro de la España de hoy, sin denunciar una sola injusticia, pretenden colarse de rondón tras esos puntos suspensivos.

León Felipe, poeta de una época de crisis, de transición entre dos mundos, acentúa su religiosidad peculiar y, desesperado de no hallar la Luz en la tierra, trata de alcanzarla fuera o más allá de nuestra existencia. Pero León no ha intentado ni podría intentar, sin negarse a sí mismo como poeta prometeico, ganar esa Luz, justificando un mundo que tantas veces ha condenado. No. Aunque su canto se incline hoy de la blasfemia a la oración, del pesimismo a la esperanza, los hilos de su poesía no conducen — no pueden conducir — a una raíz podrida, sino al manantial puro, donde no cabe trocar el silencio, la justificación de la miseria — operación de mercader, al fin — por un paraíso celeste.